



VÍCTOR CATALÁ y su obra

Por M.^o ASUNCION SOLER

Premio Fastenrath 1959

La ilustre escritora doña Catalina Albert y Paradís nació en la luminosa villa de La Escala el 11 de septiembre de 1869. Acaba de cumplir, pues, los 90 años. Una larga vida dedicada a la literatura. Su obra, no muy extensa, debe medirse por su intensidad.

Después de una adolescencia y primeros años juveniles dedicados a diversos tanteos artísticos, al frisar la treintena, siente la llamada de la verdadera vocación. Irrumpe entonces en el campo de las letras y sigue por el camino del éxito de manera ascendente.

El nombre de Víctor Català se dió a conocer en un Certamen Literario de Olot. Más tarde, en 1901, publicó su primer libro de versos: *El Cant dels Mesos*, que mereció grandes elogios del poeta Maragall. Amparada en el seudónimo que la hizo célebre, fué colaboradora de la revista *Juventut*. Su producción se limitaba a la poesía y a los relatos cortos, en los cuales sobresalió, demostrando ser una consumada maestra de la narración breve. Una colección de estas narraciones fué recogida bajo el título de *Drames rurals* y publicada en 1902. Esta fué la obra que debía marcar el verdadero comienzo de su carrera literaria, puesto que fué tanta la sorpresa y la admiración que causó, que los dirigentes de la revista *Juventut* decidieron poner fin al anonimato de colaborador tan excelso, a lo cual accedió doña Catalina no con demasiada facilidad. Se le propuso entonces que escribiera una novela a fin de ser publicada en dicha revista, y los primeros capítulos de *Solitud* aparecieron en abril de 1904. Con esta novela admirable, Catalina Albert consolidó su prestigio, puesto que fué considerada por los críticos de su época como una obra maestra de nuestras letras. El tiempo ha demostrado que estuvieron en lo cierto al formular su juicio,

Homenaje a Víctor Catalá

Los noventa años de Víctor Catalá y sus bodas de oro con el premio Fastenrath, han sido ocasión propicia para que los innumerables admiradores de la ilustre novelista catalana le reiteraran el homenaje de su afecto y reconocimiento. Las pruebas recibidas por doña Catalina Albert culminaron en los actos celebrados en La Escala, el día 27 de Septiembre, con la participación del Ayuntamiento de la villa natal de Víctor Catalá, entidades ampurdanesas y representaciones de Barcelona.

REVISTA DE GERONA expresa desde estas líneas a doña Catalina Albert su más expresiva felicitación y se une al fervoroso homenaje que tan justamente se le ha tributado.



Doña Catalina Albert,
a los 18 años

puestas que una condición indispensable de toda obra maestra ha de ser la de una perenne actualidad, y *Solitud*, mejor que ninguna otra obra de su tiempo, encaja en el nuestro como encajará en el futuro, puesto que el tema del bien y el mal es eterno. Por otra parte, por las trazas de la literatura actual, por ser tantos los autores de fama mundial que siguen los derroteros del realismo más crudo, podemos decir que doña Catalina Albert se adelantó a su tiempo, en el cual no eran corrientes los platos fuertes literarios, mucho menos servidos por la pluma de una mujer. El "tremendismo" era algo fuera de lugar y se estilaba lo sentimental y policromado.

A *Solitud* siguieron otras obras, colecciones todas ellas de apasionantes cuentos, de corte personalísimo, en los cuales se mantiene la misma tónica: dramatismo y tragedia por encima de toda otra cosa.

Estas obras, según señala don Manuel de Montoliu en el prólogo a sus *Obras completas*, se escalonan en un período de cincuenta años, son, por orden cronológico: *Ombrívoles* en 1904 y *Caires vius* en 1907. En 1905 publicó aún una colección poética titulada *Llibre Blanc*. En 1909 se le concedió el Premio Fastenrath por su obra *Solitud*. Pero ya la autora se había encerrado en un silencio que no se rompió hasta 1919. Entonces apareció una novela en tres volúmenes que tituló *Un film* y que en realidad era inferior a *Solitud*. A esta obra siguió, en 1921, *La Mare Balena*. Otros diez años de silencio hasta la aparición de *Contrallums* en 1930. Esta vez hay que esperar diecinueve años la aparición de una nueva obra. Así, en 1949, surge a la luz *Vida molta*. Su último libro fué *Jubileu*, publicado en 1951.

No es nuestro propósito hacer un juicio crítico detallado la obra de la eximia escritora — plumas más autorizadas que la nuestra se han ocupado de ello —, sino dar una visión de conjunto, una idea general, ya que, por mantenerse toda la obra en un mismo tono y poseer unas mismas

características, se presta a ello. En efecto, a través de todos los libros de Víctor Català se destaca una personalidad que no fluctúa a través de los tiempos, sino que permanece intacta, en la misma línea. No es autora que regale al lector con prosas almibaradas y narraciones gratas. Su pluma raya en la sublimidad en cuanto a galanura de expresión y estilo, pero nos lleva a conocer el lado amargo de la vida, sin disfraces ni ropajes de conveniencia. La envidia, la venganza, la abyección, la tortura, la miseria espiritual más refinada son las cualidades que suelen adornar a sus personajes. La belleza y la poesía están, únicamente, en su prosa sin igual, en la maravilla de sus descripciones. Pero raras veces asoman en el espíritu de sus héroes. Es más: aquellos personajes que crea con mimo, como si confeccionara flores pétalo a pétalo; aquéllos que nos da a conocer detalladamente, describiendo sus cualidades con prolija lentitud, entreteniéndose en adornarlos de las más excelsas virtudes, son también abandonados al más trágico destino, al fin más horrendo. En toda la obra el bien y el mal aparecen en lucha continua. El bien, tal como es. El mal, con toda su crudeza, con toda su saña y su pujanza, hincando sus colmillos afilados en el bien y devorándolo. No hay compasión para nadie y nadie escapa al destino trágico que, en su mente, les ha señalado el autor.



Doña Catalina Albert, junto con su hermana Doña Amelia,
cuando residían en Barcelona.

Solitud es la novela de la montaña. En ella vivimos la tragedia de Mila, la ermitana de *Sant Ponç*. Mila vive en la montaña como una bestia acosada por la ingente soledad, sin defensa posible contra ella porque allí la compañía es algo difícil de encontrar y, aunque Mila la halla en la persona de un pastor comprensivo y bueno, con alma de niño, la pierde prontamente porque la soledad es en aquellos parajes la dueña y señora y nada se le puede resistir. La soledad, hecha de abismos sin fondo, de cimas inaccesibles, de paisajes bucólicos o tétricos, es inmensa como la misma montaña; insondable como las simas profundas que se abren entre sus rugosidades gigantes. Tan sólo la llena el alma muerta del cazador furtivo: el Anima, ser primario y bárbaro; el espíritu del mal que acecha a la pobre Mila y que se extiende por todos los lugares. Es el sudario de niebla que envuelve las

cumbres; la tormenta que se desata salvaje y bravía. La Mila, joven y bonita, porque allí no hay comparación posible con mujer alguna, abandonada en las alturas por un marido haragán y tabernario, sucumbe, al fin, a la embestida del bruto y de sus instintos desatados y torpes. Después que el Anima de la montaña se ha complacido en destrozarla, Mila deja aquella inmensidad antes de que acabe del todo con ella. "*Les filtracions de la solitud havien cristallitzat, amargament, en son destí.*"

La obra tiene una crudeza sin límites, pero está escrita como si la autora poseyera un inagotable filón de palabras, giros y frases. La variedad lingüística es comparable a la montaña por su inmensidad; de una fuerza plástica que no se encuentra en ningún otro prosista catalán; de una calidad insuperable; de una belleza sin par. Todo ello ordenado a un fin preconcebido: la destruc-

ción de Mila.

En *Drames rurals* y *Caires vius*, continuamos viviendo el drama y la tragedia sin paliativos ni concesiones a las soluciones felices. Aunque la vida, indudablemente, tiene su lado hermoso, Víctor Català nos hunde en las negruras del lado feo. Nuestro medio rural le da buen material para ello. Crímenes horrendos; suicidios; venganzas atro-

ces; el tormento de la muerte implacable hallada en la soledad, en una inacabable agonía, son el tema preferido de la autora. Cada narración es un bordado, una filigrana, una pequeña joya de arte, pero con un desenlace fatal, acibarado, opresivo. El lector acaba pidiendo un poco de clemencia para los buenos, para los niños indefensos, para los viejos inválidos víctimas de la fatalidad y del infortunio. Pero es en vano pedirlo. Alguna que otra chispita cómica, de vez en cuando, salpica alguno de sus libros. Mas no es divertir lo que la



Doña Catalina Albert, recibe en La Escala la constante visita de sus admiradores

autora pretende, sino mostrarnos unos espíritus primarios y contarnos lo que son capaces de hacer; decirnos cómo se cumple el destino de cada cual sin que nadie escape a su hado adverso.

Jubileu, su última obra, difiere de las anteriores. Sus cuentos son de otro tipo y de tema urbano y, aunque están a la altura de su pluma insuperable, no se encuentra en ellos el vigor y la fuerza característicos de su autora. Sólo en el último relato: *L'Aleixeta*, volvemos de nuevo a enfrentarnos con la fuerza del mal; otra vez las alas de la tragedia ensombreciendo el fondo de la narración; el huracán impetuoso del infortunio tronchando capullos en flor. Con este relato, cruelísimo, la autora vuelve por sus fueros, como si se desquitara de haber cedido al cuento de más endeble pintura. Así se recrea con este aguafuerte, la historia infausta de *L'Aleixeta*, la mucha-

chita buena y dulce, trabajadora y amable, que no merecía un destino tan horrendo como el que le depara la autora.

Jubileu fué publicado para conmemorar el cincuentenario de su entrada en el mundo de las letras y había de rematarse con una historia digna de las que le habían valido la fama.

De lo antedicho puede deducirse fácilmente que la obra de Víctor Català no conviene a los espíritus débiles y enfermizos. Está hecha para los espíritus fuertes y bien templados. Al mismo tiempo, para aquéllos capaces de captar todo el valor literario que encierra, la maestría y donosura empleadas; la riqueza del léxico, la plasticidad y el colorido de las descripciones; la agilidad y soltura de los diálogos; toda la gama de matices empleados para conseguir su propósito: el de mantenernos en *suspense* constantemente para llegar a un final imprevisto. En este sentido, Catalina Albert se halla en la misma línea que Edgard Poe y, como el gran autor americano, imprime a nues-

tra respiración un ritmo retardado. Dentro de su estilo, actualmente, esta insigne escritora no tiene sustituto como no tuvo, en su tiempo, quién se le pareciera. Tal vez Raimond Casellas en *Els sots feréstecs* y Roig y Raventós en *Montnegre* consigán darnos una idea de lo que es la montaña hosca y dura que vuelve hoscos y duros a sus habitantes, pero no nos inoculan en la sangre, como Catalina Albert, el horror de las tragedias que en ella se viven.

Como una paradoja, nacida cabe el mar, se convirtió en la novelista de la montaña. Allá quede el mar para Ruyra, el de los mansos bigotes, que los dramas marineros no han de constituir, en ningún momento, para Víctor Català, su punto fuerte. Las almas marineras no atrajeron sus preferencias. Son más abiertas que las montañesas y los dramas del mar, los provocan la fuerza de las olas, no las pasiones. De este modo consiguió crearse un estilo personal que ha sido, repetimos, inimitable.

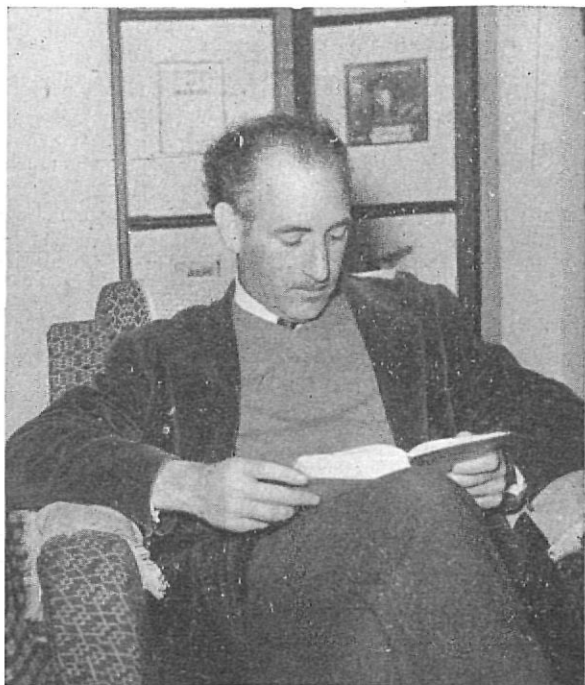
José María Gironella, autor teatral

José María Gironella va a debutar dentro de poco en el teatro, con el estreno de su primera obra.

Gironella, que pasa una temporada en Villajoyosa, localidad próxima a Alicante, donde se dedica a dar los últimos toques a su próxima novela "Un millón de muertos", continuación de "Los Cipreses creen en Dios", ha manifestado que acaba de hacer una adaptación teatral de su obra "Los fantasmas de mi cerebro", que será estrenada en Barcelona. Narciso Yepes ha impuesto la música que ilustrará determinados pasajes de la obra. Esta refleja la larga y grave enfermedad que Gironella ha padecido y sus reacciones en el tratamiento. El éxito del libro, vertido ahora al teatro, ha sido tan grande que se está traduciendo, simultáneamente, a seis idiomas.

Sobre su novela "Un millón de muertos", Gironella ha dicho lo siguiente:

"Estoy en la recta final. Me quedan unos cuatro meses de trabajo. En la obra he puesto todo lo que soy". Agregó que lleva cinco años trabajando en esta novela, si bien con las interrupcio-



nes impuestas por la enfermedad que padeció, y que para documentarse sobre la Cruzada de Liberación, en cuya época se desarrolla la obra, ha leído cerca de un millar de libros y folletos.